

**ORACIÓN DE LA COMUNIDAD
DE
CRISTO SALVADOR**

(4º Domingo de Adviento, Ciclo C)



*BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES
Y
BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE*

1. Oración sálmica:

Antífona: *Magnificat, magnificat, magnificat anima mea Dominum,*

Nadie hizo tanto por nosotros como nuestro Dios.
El, nos salvó ya desde siempre
sin que nosotros fuéramos conscientes de ello,
hasta pasado algún tiempo.
Nos ha colmado de tantos favores
que muchos envidian nuestra suerte.

Nosotros se lo debemos todo a nuestro Dios
que está en el corazón de cada hombre
y que desea nuestro bien,
que es santo y poderoso,
que es fiel y nunca falta a su Palabra
Por eso exultamos de gozo y le cantamos...

No le gustan los que están seguros de sí mismos
pues se dejan engañar por su corazón.
Le agradan los sencillos y limpios de corazón.
A los pobres y humildes que viven sin muchas pretensiones
les pone por encima de los señores de engreído corazón,
y por encima de los que buscan a Dios en el dinero y en el poder.

A nosotros nos ha hecho el don de vivir
en caridad, sencillez y humildad
a fin de estar así más disponibles para la Misión.
El está siempre entre nosotros animando con su Espíritu
nuestras palabras y nuestra existencia.
Por eso, exultamos de gozo y le cantamos.....

El, nos ha hecho comprender
que su amor reposa en las comunidades de creyentes,
y nos ha concedido el poder compartir con otros,
en la vida comunitaria, toda la riqueza de su plan de salvación.

El, nos ha hecho depositarios de su Palabra,
de su Paz y de su Perdón
y nos ha enviado para que la transmitamos
a todos los hombres de buena voluntad.

2. Evangelio según San Lucas 1, 39-45

En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno;

y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?

Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno.

¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»

3. Breve comentario:

La visita de María a Isabel le permite al evangelista Lucas poner en contacto al Bautista y a Jesús antes incluso de haber nacido. La escena está cargada de una atmósfera muy especial. Las dos van a ser madres. Las dos han sido llamadas a colaborar en el plan de Dios. No hay varones. Zacarías ha quedado mudo. José está sorprendentemente ausente. Las dos mujeres ocupan toda la escena.

María que ha llegado aprisa desde Nazaret se convierte en la figura central. Todo gira en torno a ella y a su Hijo. Su imagen brilla con unos rasgos más genuinos que muchos otros que le han sido añadidos posteriormente a partir de advocaciones y títulos más alejados del clima de los evangelios.

María, la creyente. Isabel la declara dichosa porque «*ha creído*». María es grande no simplemente por su maternidad biológica, sino por haber acogido con fe la llamada de Dios a ser Madre del

Salvador. Ha sabido escuchar a Dios; ha guardado su Palabra dentro de su corazón; la ha meditado; la ha puesto en práctica cumpliendo fielmente su vocación. María es Madre creyente.

María, la evangelizadora. María ofrece a todos la salvación de Dios que ha acogido en su propio Hijo. Ésa es su gran misión y su servicio. Según el relato, María evangeliza no sólo con sus gestos y palabras, sino porque allá a donde va lleva consigo la persona de Jesús y su Espíritu. Esto es lo esencial del acto evangelizador.

María, portadora de alegría. El saludo de María contagia la alegría que brota de su Hijo Jesús. Ella ha sido la primera en escuchar la invitación de Dios: «*Alégrate...el Señor está contigo*». Ahora, desde una actitud de servicio y de ayuda a quienes la necesitan, María irradia la Buena Noticia de Jesús, el Cristo, al que siempre lleva consigo. Ella es para la Iglesia el mejor modelo de una evangelización gozosa

María, «la madre de mi Señor». Así lo proclama Isabel a gritos y llena del Espíritu Santo. Es cierto: para los seguidores de Jesús, María es, antes que nada, la Madre de nuestro Señor. Éste es el punto de partida de toda su grandeza. Los primeros cristianos nunca separan a María de Jesús. Son inseparables. «*Bendecida por Dios entre todas las mujeres*», ella nos ofrece a Jesús, «*fruto bendito de su vientre*».

4. Reflexión personal. Reflexión compartid.

Padre nuestro:

Canto: *Es Señor hizo en mi maravillas, gloria al Señor*